




Corazón y vuelo

La vocación de Glicerio

Marcelo Benítez

 COLECCIÓN
materiales

Corazón y vuelo. La vocación de Glicerio

Autor: Marcelo Benítez



Publicaciones ICCE
(Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación)
Conde de Vilches, 4 - 28028 Madrid
www.icce.es

Responsable del equipo de traductores: P. José Pascual Burgués
publicaciones@scolopi.net

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

El anillo	5
Un joven ante el espejo	9
El fervor desbordado	13
Aquí es mi lugar	17
Permiso para ir al Cielo	21
De Cristo como Glicerio	27

*Para los Glicerios de ayer y de hoy,
que entregan las primicias de su vida
a Cristo en las Escuelas Pías.*

El anillo

El niño corrió entusiasmado atravesando el jardín. No dejaba de mirar de reojo el anillo de oro que brillaba en su dedo anular. Se refugió en su rincón favorito, allí brotaba una fuente, y se quedó contemplando la pequeña y valiosa joya. Mientras, recordaba la conversación tenida. Había sucedido en la sala principal de la enorme casa que ocupaba con sus padres y hermanos. Vivían en la zona más hermosa de Milán.

—Es una herencia de nuestra familia —le había contado su padre—. Todavía no te queda tan bien, pero tu mano pronto crecerá. Cuando menos lo pensemos, se lo podrás dar a quien le ofrezcas con él tu amor y tu vida. El dedo anular conecta directamente con el corazón. Este te señalará la dama a la que este anillo y tu vida están destinados, Glicerio mío.

—Entonces no es para mí —afirmó el niño, con interrogación en los ojos.

—Estamos hechos para entregarnos, no para acaparar, hijo. De nada sirve tener sino para dar a quien amamos. Cuando tu corazón tenga dueña, le darás no solo el anillo sino toda tu vida. Tendrás que elegir bien. Ha de ser la mejor mujer que puedas encontrar. Un Landriani no puede contentarse con menos.

Ahora, junto a la fuente, en su rincón secreto, repasaba todo lo que su papá le había dicho.

—Tengo que elegir a la mejor —se dijo—. De quien sea mi anillo será mi corazón.

Pasaron dos años desde aquella conversación, había muerto su querido padre, y el anillo de oro que tanto le gustaba volvía a atraer

su mirada y le provocaba sentires nuevos. Ya no le quedaba suelto, incluso le ajustaba un poco. Al contemplarlo, Glicerio se sentía tan grande e importante como había sido su padre. También percibía un cierto peso, el de elegir bien a quién darlo. Pensaba en las muchachas que conocía, las vinculadas a la familia, las que veía en fiestas y paseos. ¿Cuál sería la indicada? Su destino parecía depender de esa decisión.

Como siempre que se veía en aprietos, buscó calma en la capilla silenciosa dedicada a la Virgen de Loreto. Allí siempre escapaba con Francesco, fiel compañero de todas sus aventuras. Esta vez fue solo. Le encendió una vela a la Virgen y se arrodilló ante la amada imagen.

—Virgen Santísima, siempre me escuchas y socorres en todas mis necesidades y me sacas de todos los apuros. Te pido que me señales a quién debo entregarle mi anillo y mi corazón. Muéstrame de quién voy a ser. Que sea, como decía mi padre, la mejor dama por la que vivir y luchar...

Se agolparon en su mente imágenes provenientes de los libros que leía y disfrutaba desde pequeño: nobles caballeros al servicio del honor de aún más nobles damas; gestas, aventuras, luchas y honra; grandezas y premios, riquezas y palacios cortesanos; cantos, danzas, proezas que enardecían su alma.

También aparecieron otras imágenes e historias: su pariente materno, san Carlos Borromeo, gran arzobispo que sirvió a los apestados y reformó las costumbres de la ciudad y toda la región, combatiendo vicios y ganando almas para Cristo; el otro gran pastor milanés, de quien llevaba el nombre, san Glicerio; san Ambrosio que con su predicación encendida tocó el corazón de san Agustín...

Finalmente se entretuvo, encantado, en la imagen del humilde san José, el casto esposo y custodio de la Virgen María. ¡Cuánto tuvo que pasar por cuidar del Señor y de su Madre! También recordó a otro santo favorito, el del águila, san Juan Evangelista. El más joven de los apóstoles y el más cercano al Señor. El que recibió a su Madre al pie de la cruz. Y sobre todo, quien compartió la misma forma de vida virginal que llevaron Cristo y María.

Regresando, de pronto, de la ensoñación, vio su pequeña vela ya casi toda consumida. Elevó sus ojos hacia los de Nuestra Señora y

sintió en su corazón un impulso que no pudo refrenar. Se quitó el anillo de la mano y lo dejó escondido en una pequeña rendija; allí mismo, entre el cuerpo de la Virgen y el de su Divino Hijo. De su alma, acompañando el gesto, brotó la oración.

—No hay dama más hermosa ni noble que tú. Ya no voy a buscar otra. Si me aceptas el regalo, Amable Señora, tuyo será para siempre mi corazón y toda mi vida será para servirte para gloria de tu Hijo y mi Señor.

Un joven ante el espejo

—Este corte de pelo no me queda como esperaba. El cabello nunca me dura peinado como me gusta y mi nariz ha crecido demasiado —se decía Glicerio, preparándose para salir.

Al menos estaba apropiadamente ajustada su nueva ropa de seda. Le quedaba en verdad muy bien. Destacaba su altura y buena complejión. Bastante cara le había costado. Bien invertida tenía las primeras ganancias obtenidas del título de abad comendatario que había heredado. Claro que él no era un monje. En su familia eran legítimos herederos de una antigua abadía, ya sin monjes, y con excelentes terrenos que daban buenas cosechas y mejores ganancias. Además de las rentas había recibido el título honorario de abad.

“Señor Abad”. Le gustaba que así lo llamara Francesco. Ahora era su ayudante principal. Ya no se trataban con la misma familiaridad que tenían cuando eran niños. Más respeto aún le tributaban los demás sirvientes de su recién estrenada residencia en Roma. Eso le agradaba. Los Landriani siempre volaban alto y él lo demostraría. Luego de volver a revisar satisfecho su lustroso reflejo, retocado el pelo por enésima vez, se encaminó decidido al encuentro del cardenal Carlo Pío. Era un antiguo amigo de la familia y secundaría encantado sus grandes planes.

Tras hacerse anunciar con toda solemnidad, entró con desenfado al despacho del prelado e hizo una estudiada reverencia. Al momento se sorprendió por la mirada que recibió y aún más por las palabras.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —dijo con firmeza y acritud el venerable anciano.

¿Estaría acaso chocheando el buen viejo?, se preguntó con creciente inquietud Glicerio. Juntó fuerzas y prosiguió.

—Cómo que quién soy, Eminencia. Soy Glicerio Landriani, sobrino del cardenal Federico Borromeo. Vine a Milán luego de haber estudiado en Bolonia. Tengo algunos planes, de los que quiero conversar y para los que cuento con Ud. Se lo anticipó por carta mi tío, el arzobispo de Milán.

—No lo conozco —respondió cortante, bien lejos de su amabilidad habitual.

—Por supuesto que me conoce. ¿Se siente Ud. mal, acaso es una broma o...?

—No lo recuerdo, como claramente ya le he dicho. El Glicerio que yo conozco es un joven muy distinto de quien tengo ahora delante. Es un muchacho sencillo y devoto, deseoso de servir a Cristo. Tiene celo por el bien de las almas. Por amor a ellas estudia. Por ellas ora asiduamente y hace penitencia. Es fiel imitador de su tío abuelo y gran santo de nuestros tiempos, san Carlos Borromeo. Bien lo conozco a mi buen Glicerio Landriani. El que ahora estoy viendo, con ese traje, esos arreglos y esos modos, no se parece en nada a él.

Glicerio se conmovió profundamente. La recriminación recibida caló en lo más hondo de su sensibilidad. Fue un golpe en su coraza y un despertar. Reconoció con humildad la dura verdad. Había abandonado, casi sin percatarse, la búsqueda de la santidad. Se había dejado seducir por el aparecer y el aparentar. Se había avergonzado de su inocencia y devoción, le parecían ya infantiles. Se había enorgullecido de su posición social y perspectivas de futuro. Se sentía muy importante. ¡Qué insensato!

Por la ventana abierta a la calle se escuchó el canto que una procesión entonaba:

*“Vanidad de vanidades
y todo es vanidad.
Todo el mundo
y cuanto en él hay,
todo es vanidad”.*

Eran los discípulos de Felipe Neri que peregrinaban hacia alguna de las siete basílicas. Bien le vendría a él sumarse ahora a la marcha de esos hombres alegres y desapegados de todo. Escapar así de la

vergüenza de la reprimenda y del horror mayor de la verdad que la respaldaba.

¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su propia alma? ¿Para qué le servía todo lo estudiado en Bolonia, la mejor universidad con los más eximios profesores, y lo que ahora continuaba aprendiendo con los dominicos de la Minerva, si no encaminaba bien su vida? Una fuerte claridad se hizo lugar en su alma y de algún modo la selló para siempre: *Deus super omnia*. Dios sobre todas las cosas.

En los días siguientes maduró una serena y gozosa convicción sobre su identidad. No le era reflejada por ningún espejo sino por la contemplación del Crucificado.

—Sé quién soy. Soy Glicerio de Cristo.

El fervor desbordado

Glicerio no era un joven de mediocridades. Cuando se dio cuenta de que estaba perdiendo los mejores años de la vida en cosas sin sentido, se entregó decididamente y por entero a toda obra buena que pudo encontrar. La vanidad se trocó en fervor desbordante. Pasó de vivir pendiente del aplauso ajeno a querer ser, a conciencia, un loco de Cristo.

Dejó inmediatamente palacio, ropajes y servidumbre. Abandonó toda comodidad. Se fue a vivir con un cura portugués un tanto excéntrico, el p. Méndez, que tenía fama de santo. Su fiel Francesco Selvaggi intentó seguirlo a su nueva casa y vida.

—Ya no requiero sirvientes. Me volveré un mendigo de Cristo y servidor de sus pobres. No puedo retenerte conmigo, Francesco, ni pagarte por tu trabajo —le dijo con sinceridad a su compañero de infancia, hijo del palafrenero de su difunto padre.

—¡Qué bueno! —le respondió con alegre resolución Francesco—. Así puedo ir contigo como amigo y volver a estar a la par, como cuando éramos niños. Realizaremos mejores proezas para gloria de Dios.

Glicerio lo abrazó y le pidió perdón por lo que le había hecho sufrir mientras vivió a merced del vanidoso orgullo. Comenzaron de inmediato una nueva vida de pobres mendigos de Cristo. Sentían una desbordante alegría.

El p. Méndez dirigía un grupo entusiasta y extravagante al que los dos amigos se unieron. En su casa de Roma, a la que se habían mudado, rezaban largamente, a veces hasta 40 horas seguidas, con muchas muestras de devoción llamativas y bastante exageradas. Buscaban también rescatar a las mujeres que, por pobreza o aban-

dono, se habían visto forzadas a prostituirse o se encontraban en grave riesgo de hacerlo. Les ayudaban a establecerse con buen trabajo y a formar familia cristiana. Brindaban apoyo material y espiritual. Las riquezas de Glicerio se destinaron a sostener esos nuevos hogares y a socorrer a cuanto pobre se encontrara. Cuando ya no le quedaban monedas, comenzaba a dar de lo que llevaba puesto. Muchas veces en invierno volvía a su nueva morada descalzo y con frío, pero siempre sonriente; contento porque todo había sido entregado a los pobres de Cristo.

Cada día era una nueva aventura. Enfermos, ancianos, presos, peregrinos, pordioseros, huérfanos y viudas, para todos tenía y a todos daba. Y cuando de lo propio ya nada quedaba, él mismo mendigaba para seguir repartiendo.

“Si quieres seguirme, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres”. Esas palabras del Señor volvían una y otra vez a él y lo empujaban siempre a más. Lo repite muchas veces en cartas a su tío, el cardenal Federico Borromeo, y añade: *“Con ninguna otra cosa se contentará mi corazón, pues quiero ser dispensador de todo cuanto lo que mi Señor me ha dado”.*

En cierta ocasión, Glicerio marchó en peregrinación sin avisar a nadie, ni siquiera a Francesco, para que no lo retuvieran. En el camino, fue dando todas las cosas que llevaba. Llegó a una santa montaña, lugar de oración, descalzo y vistiendo los harapos del último mendigo con quien había cambiado la ropa.

Los ermitaños del lugar adivinaron por su lenguaje y modos que no era lo que parecía. Lo dejaron pernoctar en un lugarcito apartado, después de verlo servir devotamente a la santa Misa. Al tercer día, sus amigos y familiares lo encontraron, luego de gran susto, y le reprocharon su imprudencia. Aceptó la reprimenda con humildad. Se fue haciendo evidente que necesitaba una mejor orientación para su corazón ardiente.

Un alma tan grande, con un temperamento tan explosivo y arrojado, que lo llevaba a aparentes locuras, necesitaba de un mentor sabio y equilibrado. Puesto que los desbordes de fervor asustaron a los más allegados, tuvo que intervenir el mismo papa Paulo V, muy amigo de su noble familia. El mandato del pontífice a Glicerio fue muy claro.

—Desde pequeño has ofrecido tu castidad a la santísima Virgen, reicientemente has abrazado con ardor la santa pobreza, es tiempo de que aprendas el camino de la obediencia.

El Papa lo puso bajo el cuidado del p. Domingo Ruzzola de Jesús y María, carmelita descalzo. Este buen fraile supo encauzar su alma por el camino de la perfección y ordenar sus ardores apostólicos. Se valió para ello de la doctrina de santa Teresa de Jesús y de san Juan de la Cruz.

Era un guía ciertamente mejor porque lo conducía al modo en que lo llevaba Dios. Secundaba la acción de la gracia en su alma. Entendía que el motor que impulsaba a Glicerio era el mismo que le daba norte y estabilidad. El secreto de Glicerio no era otro que su vínculo profundo, amoroso y continuo con Jesucristo, su Señor. Desde este amor rectamente vivido, conforme a la fe y a la razón, se podían ordenar todos los demás afectos y sentires.

Fue tal la paz que halló bajo la guía del p. Domingo que pensó que tal vez fuera señal divina. ¿Dios lo querría carmelita descalzo? El ideal de pertenecer a una orden reformada, toda de María, para vivir en obsequio de Jesucristo, lo haría volar hasta lo más alto. El p. Domingo escuchaba atentamente la voz de Dios que resonaba en el corazón de Glicerio. Lo sorprendió profundamente cuando le dijo que intuía que otro era el lugar que lo esperaba. Allí habría otro mentor, esta vez el definitivo, que le aguardaba.

Glicerio había aprendido en ese tiempo el valor de la docilidad cuando el guía era recto y sabio. Se confió, entonces, al buen criterio de quien tanto bien le había hecho. Se dispuso, con desasimiento de sí, a lo que viniera. Con los salmos cantaba una oración que brotaba del fondo de su alma. *Muéstrame, Señor, tus caminos, enséñame tus senderos.*

Aquí es mi lugar

Hacía todavía calor en Roma, aunque era ya otoño. Luego de acompañar a los alumnos a sus casas, el 29 de septiembre de 1612, Glicerio escribía a su tío Federico:

“Deus super omnia Christus

Ilustrísimo y Reverendísimo Padre en Cristo:

Yo me encuentro en las Escuelas Pías de Roma, donde acuden hasta 800 entre niños y jóvenes, y hasta ahora no he enseñado más que gramática. Y aquí he venido sin que yo lo buscase, solo por pura obediencia a los superiores. Es bien cierto que mi corazón lo deseaba bastante, pero no lo manifestaba por no mostrar afecto a cosa alguna, sino estar en todo resignado a la voluntad de Dios nuestro Señor y de los superiores. Ahora estoy seguro que es voluntad de Dios nuestro Señor, y espero que el Señor quiera servirse de mí para esta obra suya, que es tan importante que me llena de asombro, porque estos niños de los pobres, que suelen andar por las plazas sin ningún freno de temor de Dios nuestro Señor, siendo presa de toda deshonestidad en palabras y actos feos, aquí se retiran del ocio y del mal, y con la ayuda divina se ocupan en ejercicios, no solo del espíritu sino también del conocimiento de la doctrina cristiana. Aquí se les da papel, plumas, rosarios, doctrinas cristianas, libros espirituales, por amor de Dios, y oficios parvos de la Virgen, para que dejen las vanidades y se eduquen en el servicio de Dios; y verdaderamente no se puede decir cuánto importa para estos niños, que no han cogido mal hábito, tomarles a tiempo en el buen momento. ¡Oh qué facilidad, qué dulzura se encuentra! ¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!...”

El P. Domingo Ruzzola había acertado con su orientación y lo había conducido a las Escuelas Pías. Estaba ahora bajo la tutela del

P. José de Calasanz, renombrado en Roma por su vida y entrega por los pequeños y pobres. Glicerio no había llegado solo sino que había arrastrado consigo a su fiel Francesco Selvaggi, por supuesto, y a otros cuatro buenos amigos.

Las Escuelas Pías, desde el corazón de Roma, procuraban educar en la vida cristiana y posibilitar el acceso a la cultura a los hijos del pueblo. Buscaban renovar así las costumbres corrompidas del tiempo y poner buen remedio a los vicios y males que debilitaban a la Cristiandad.

Calasanz, que comenzaba a envejecer, había recibido el regalo que tanto había estado pidiendo. Esperaba un sucesor a quien preparar con tiempo y luego poner al frente de la obra. Y este jovencito de 22 años, fervoroso, bien preparado y mejor dispuesto era la cabal respuesta a sus ruegos. Además, no venía solo sino que traía consigo a otros que se sumaban con entusiasmo a la tarea.

Glicerio valía por cinco y venía con cinco más. Su llegada fue motivo de fiesta y Calasanz la consideró siempre un don particular de la santísima Virgen María. Hasta ese momento sus colaboradores eran gente mayor e incluso notablemente anciana como Dragonetti. El venerable p. Gaspar Dragonetti, siciliano, había llegado a las Escuelas Pías con 90 años y educó allí hasta su muerte, a los 115. Con el joven Landriani y sus amigos, Dios daba vida y futuro a las Escuelas Pías.

Glicerio no fue solo un incondicional colaborador de Calasanz y generoso benefactor de su obra, se volvió su mejor discípulo y su más querido hijo. Las dos almas se encontraron unidas por el mismo ardor del Espíritu Santo. Tenían una afinidad y familiaridad que no venían de la carne ni de la sangre, sino de Dios. Les bastaba mirarse para entenderse. Se complementaban de forma sorprendente. Ellos dos más el viejo Dragonetti eran imparables. Lo demostraron al fundar, los tres, contra viento y marea, Escuelas Pías en Frascati.

Glicerio encontró en Calasanz a un maestro de sabiduría, que supo encauzar todo el torrente de fervor que brotaba de su noble corazón. Desde que decidió quedarse en las Escuelas Pías bajo la obediencia a Calasanz, no hubo más rarezas en su joven entusiasmo sino entrega cotidiana, perseverante y amorosa.

Calasanz encontró en el padre Abad, como con cariño lo llamaba, a su mejor aliado en la lucha por conquistar el corazón de los niños y jóvenes para Cristo. Se maravillaba de todo lo que su creatividad hacía surgir para enriquecer las Escuelas Pías.

Así fue que del corazón ya escolapio de Glicerio brotaron novedades arraigadas en el tronco calasancio: la oración continua de los alumnos en turnos durante las clases; el acompañamiento en filas hasta sus casas al terminar la jornada escolar; la prolongación de la tarea educativa con las catequesis dominicales en los barrios... Glicerio hacía florecer y fructificar todo lo que tocaba.

Incluso llegó a idear un plan para formar a los alumnos mayores como evangelizadores mediante un curso breve en tres años de Filosofía y Teología. Escribía a su tío: *“Porque nos parece una invención inspirada por el Espíritu Santo esta brevedad de hacer estos cursos para quien desea saber lo necesario solo para gloria de Dios y salvación de las almas”*.

Es que Glicerio estaba encendido y quería encender a muchos más. Era un multiplicador nato. Estaba destinado por Dios a ser el primero de muchos jóvenes que encontrarían su lugar junto a Calasanz, en las Escuelas Pías, para siempre.

Cada noche, cuando cosechaba lo vivido en su jornada, Glicerio agradecía, conmovido: *¡Qué tremendo es este lugar: casa de Dios, puerta del cielo!*. Y a la mañana siguiente, al despertar, se levantaba, como todos los escolapios lo han hecho siempre, susurrando y cantando en el corazón:

*¡Qué deseables son tus moradas, Señor del universo!
Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor,
mi corazón y mi carne se alegran por el Dios vivo.
Hasta el gorrión ha encontrado una casa;
la golondrina, un nido donde colocar sus polluelos:
tus altares, Señor de los ejércitos, Rey mío y Dios mío.
Dichosos los que viven en tu casa, alabándote siempre!*

Glicerio había encontrado su lugar.

Permiso para ir al Cielo

Todos los 25 de marzo se celebra el sí de la Virgen María a su vocación de Madre de Dios y el feliz acontecimiento de la Encarnación del Señor. El de 1617 fue un día de gran fiesta en las Escuelas Pías. Glicerio asistió emocionado a la toma de hábito de los primeros novicios escolapios. Fueron catorce los primeros compañeros del P. Calasanz, ahora p. José de la Madre de Dios. Integraron la nueva comunidad religiosa que el papa Paulo V ha establecido en la Iglesia.

Se llamarán Pobres de la Madre de Dios. Vivirán solo para Cristo en castidad, suma pobreza, obediencia y entrega al cuidado de los niños. Calasanz será su Superior.

Es todo cuanto Glicerio venía anhelando. Lo que pedía insistentemente desde hace tiempo. Sin embargo, no está él dentro del grupo de los iniciadores. ¿Qué pasó? ¿En el momento culminante se agostó su fervor, menguó su generosidad, falló su determinación? Nada de eso. No hay otra razón que las malditas ataduras de los bienes materiales, que son ayuda y estorbo a la vez. En tantos momentos la riqueza de Glicerio había sido un gran recurso para las Escuelas Pías. Hasta permitieron comprar la casa donde estaban instaladas. Pero ahora eran un obstáculo mayúsculo. En tanto no se terminaran los trámites de renuncia de los muchos bienes y títulos que poseía, y se hicieran al modo en que en Milán se requería, Glicerio no era libre para hacerse religioso escolapio.

Calasanz, unos días atrás, cuando las cosas se trabaron y el ánimo de su amado hijo decaía, lo consoló todo lo que pudo.

—Mi querido P. Abad, ya verás que pronto dejarás de serlo para convertirte en el Hno. Glicerio de Cristo. Serás un Pobre de la Madre de

Dios en las Escuelas Pías. ¿Qué es esperar unos días o meses cuando tienes por delante toda la vida? Una pequeña demora y contratiempo, tomada de la mano de Dios, es ocasión de un pequeño sacrificio para mayor y más sabroso fruto. Desde hace años y para siempre eres uno de los nuestros. Mi alma te reconoce como un escolapio entero. Un ángel de la niñez. Por eso en mi corazón guardaré el tuyo. Al tomar el hábito para mí, en deseo lo tomaré también para ti, hasta que pronto yo mismo te lo pueda imponer, como Elías le entregó su propio manto a Eliseo.

Glicerio sonrió confortado, aceptó la prueba y esperó.

Tres meses después, el 2 de julio de 1617, resueltas todas las exigencias legales y liberado de cargos y cargas, llegó lo esperado. Fue vestido con el hábito negro, pobre y sencillo de las Escuelas Pías. Comenzó así el noviciado con gran alegría y ardiente amor. Esa noche, en ropa de escolapio, más feliz de lo que nunca había estado cuando lucía costosos trajes de seda, se arrodilló ante su amada Virgen de Loreto y le dijo:

—Cuando era apenas un muchacho aceptaste mi anillo y mi corazón, amada Virgen, Señora mía. Hoy me regalas algo mucho mejor que lo que yo te di: ser un pobre tuyo y ponerme al servicio de tu Hijo, en sus miembros más pequeños y necesitados. Acoge, Madre de la gracia, mi pequeña ofrenda. Favorece y protege a esta pobre criatura, llena de pecados. Y alcánzame de Jesús el perdón de todas mis culpas. Ayúdame ahora y siempre y en la hora de mi muerte. Amén.

Al ver el cirio casi gastado se acordó de los que de pequeño encendía y tuvo el presentimiento de que tal vez él también pronto se consumiría.

La enfermedad lo visitó a los pocos meses. Vino para quedarse, por más que tanto se rezó pidiendo la total recuperación. Glicerio tuvo la tentación de pensar que era por su culpa. Se había excedido en ayunos y sacrificios. Imprudentemente había mal comido, mal dormido y se había desabrigado. Tal vez algo así hubo. La entrega, no obstante, ya había sido hecha y la suerte estaba echada.

Además de su siempre fiel Francesco, Calasanz lo visitaba frecuentemente. Se desplazaba desde San Pantaleón a la casa del noviciado. Le llevaba los saludos del P. Gaspar Dragonetti. Reían recordando las

aventuras que los tres compartieron cuando habían fundado las Escuelas Pías en Frascati; como si fueran abuelo, padre e hijo. Calasanz, Glicerio y Dragonetti habían infundido calor familiar a ese colegio. Habían llevado la preciosa imagen de la Reina de las Escuelas Pías que ahora protegía no solo a la casa escolapia sino a la ciudad entera. También recordaron la peregrinación de Glicerio a Loreto. Allí la Virgen le confirmó suavemente que lo quería con Calasanz y se habían despejado las últimas reservas que nublaban su decisión de ser escolapio. Además, tantas otras historias gozosas con los alumnos: clases y paseos, juegos, cantos y mucha oración. En esas conversaciones siempre salía a luz el anhelo compartido de que la comunidad de las Escuelas Pías fuera elevada de simple congregación a Orden religiosa para mayor perfección y estabilidad en la entrega.

Calasanz y Glicerio iban aceptando lo que sucedía con su cada vez más deteriorada salud. Aunque fuera adverso y sensiblemente costara tanto, venía de la mano paternal de Dios bendito, para el verdadero bien. El Padre del Cielo era tan poderoso que de tales males sacaría, sin ninguna duda, enormes bendiciones.

Cuando ya la debilidad era tan aguda que hacía prever próximo el desenlace, Glicerio pidió la gracia de poder hacer anticipadamente la profesión perpetua. Calasanz obtuvo el ansiado permiso del Papa. Fue la última alegría que Glicerio tuvo en la tierra. Emitiría, el primero de todos, aún antes que el mismo fundador, los votos perpetuos como escolapio.

Fue así que el siervo de Dios, delante de la comunidad reunida, profesó ser todo de Cristo y de la Virgen al servicio de los niños para siempre. Acto hecho del modo más solemne, precedido de una vida en la que había ya practicado todo lo que ahora prometía.

Una vez retirados los hermanos y en la intimidad del diálogo con Calasanz, Glicerio se animó a expresarse con la mayor franqueza.

—Padre José, ya ves que no seré tu sucesor. Pero soy feliz de ser tu hijo —y, susurrando, se atrevió a añadir con una sonrisa—, tu primer hijo.

Calasanz, conmovido, intentó hacerlo callar para que no se agitara ni agotara. Pero Glicerio, decidido como siempre aún en el trance final, juntó fuerzas y continuó.

—Le he pedido a la Santísima Virgen un regalo y sé que me lo va a conceder. No es para mí, es para las Escuelas Pías. En realidad es para toda la Iglesia de Dios. Me gustaría —se ruborizó y bajó la mirada—, si el Señor en su misericordia me lo permitiera, estar en la gloria que anhelo junto a la Virgen María.

Levantó entonces los ojos que le brillaban ardientemente y prosiguió con resolución su confidencia.

—Desde allí contagiar el mismo fuego que Dios puso en mí a más corazones jóvenes para que nunca falten quienes quieran ser Pobres de la Madre de Dios en las Escuelas Pías. Así se multiplicará la gracia más grande, después de la fe, que recibí en la tierra. Yo hice mis votos perpetuos a Dios y a la Virgen ya para el cielo. Y la Virgen es tan gentil que aceptó mi pequeña ofrenda; una vez más, para siempre.

Calasanz no pudo responder, apenas alcanzó a asentir y apretar con fuerza la mano abierta de Glicerio. Aquella misma donde hace tantos años había estado el bendito anillo. Luego de respirar hondo lo bendijo, lo besó en la frente y antes de irse se volvió otra vez hacia él, ya más recompuesto.

—No te vayas sin mi permiso.

Pasada la medianoche, en la casa de San Pantaleón, a la 1 de la madrugada, Calasanz todavía despierto, desde su cama, escuchó golpes en su puerta.

—Adelante —dijo, pero nadie respondió.

Volvieron a llamar como si alguien aguardara del otro lado. Calasanz invitó nuevamente a entrar y otra vez se quedó sin respuesta. Pero antes de que se oyera por tercera vez la llamada, el santo viejo pensó que tal vez fuera su amado hijo pidiéndole permiso. Le respondió así con temblante ánimo y firme voz.

—Ve con Dios, hijo, tienes mi permiso y bendición. Ruega por nosotros y por todos los que llegarán a ocupar el lugar que ahora dejas vacío.

Y bajando la voz musitó un soliloquio que se volvió plegaria:

—No eres mi sucesor sino el precursor de muchos que vendrán, ahora lo veo. Vuela a lo más alto del cielo, Glicerio. Espéranos allí,

donde se colman todos nuestros anhelos. *¡Qué deseables son tus moradas, Señor del universo!... el gorrión ha encontrado casa y la golondrina nido... Dichosos los que viven allí, alabándote siempre!*

Dichoso Glicerio que has llegado a la meta y hogar.

A la mañana siguiente, bien temprano, vinieron las noticias desde la casa del noviciado. A la misma hora que Calasanz respondió con su permiso a los golpes en su puerta, el siervo de Dios moría en el Señor para quien había vivido. Tenía solo 30 años, los siete últimos entregados en las Escuelas Pías. Sucedió en Roma el 15 de febrero de 1618. Voló al cielo, a inaugurar el coro escolapio junto a la Virgen, con los ángeles y los santos, ante Dios.

De Cristo como Glicerio

Dos meses después de la muerte de Glicerio otro novicio escolapio escribe una carta. Su nombre es Santiago Vaquedano, gran compañero y amigo. El destinatario es el P. Domingo de Jesús y María, el carmelita que orientó a Glicerio a las Escuelas Pías. Dice así:

“... Glicerio fue ardoroso en el estudio de las Sagradas Escrituras y en la lectura de los santos Padres, huyendo de cualquier otra lectura profana. Reconocí en él un especial don de Dios para comprender el sentido de las Escrituras y de los santos Doctores, con los cuales se deleitaba sobre manera.

Escribió en un libro de su propia mano las sentencias de aquellos para poder servirse de ellas en cada necesidad. Entre otros, era grandemente aficionado a la doctrina de santo Tomás de Aquino y a la de san Gregorio papa, tanto que en esta su última enfermedad, que duró cinco meses, terminó de leer todos los libros de las Morales de san Gregorio.

Después quiso saber de mí qué otra cosa debía leer. Yo, que tenía la intención de hacer que fuera idóneo, como enseñan los santos Padres, en lo que se desea para el sacerdocio, por más que él, considerándose muy indigno, lo rechazase (lo que me consta como certísimo), le dije que leyera los libros de la cura de almas de san Gregorio. Lo mismo que con este fin le había hecho leer, antes de enfermar, el libro de la jerarquía eclesiástica del divino Dionisio. Y que después tendría que leer los libros sobre el sacerdocio, de san Juan Crisóstomo. Obedeció y leyó por completo los libros de pastoral de san Gregorio; y anotó muchas cosas de su propia mano en un libro.

Y me dejaba maravillado porque, estando tan enfermo, este sagrado estudio no le perjudicaba su salud, al contrario, le hacía estar mejor, como él mismo atestiguó muchas veces. Y yo también doy testimonio de ello, pues así lo observé, estando en

aquel tiempo casi cada día con él. Y también el médico le había dado licencia para ello. Pero mientras que yo estaba esperando que recuperase la salud, entonces le dije a su paternidad que le impusiera que comenzara poco a poco a recibir los órdenes eclesiásticos y sagrados, ejercitándose en cada uno de ellos durante el tiempo establecido en los sagrados cánones, y que mientras tanto esperase para el estudio de la sagrada teología. Dios disponía otra cosa de él, llevárselo de nosotros para Él.

Y dos meses antes de que saliera de esta vida quiso que yo le trascribiese todas aquellas sentencias de los santos Padres más útiles, que tratan de la penitencia. Lo que yo hice, y las reduje a tres o cuatro folios, los cuales él leía todos los días con gran sentimiento. Y bastantes veces se me echó de rodillas a mis pies con lágrimas, agradeciéndome aquel beneficio, diciendo que de aquellas sentencias de los Padres había aprendido el modo de hacer penitencia, y que por ello le daba gracias a Dios, porque antes de morir le había permitido conocer esto, y le pedía le devolviera la salud y le diera vida para llorar más sus pecados.

Todavía le recité algunas sentencias de los santos Padres acerca de la disposición digna para comulgar espiritual y sacramentalmente con mucho fruto, cuya doctrina quedó impresa en su corazón, haciéndose por esto mucho más fervoroso al comulgar, como yo me pude dar cuenta, queriendo él que le dijera la misa y le diera la comunión en la capilla de las Escuelas Pías, o en la capilla de la casa de mons. Vives, donde iba, aunque estaba enfermo.

Finalmente, un mes antes de morir, por consejo del médico fue a vivir cerca de santa María in Vía, en una casa del noviciado de las Escuelas Pías, donde aconteció su muerte este año de 1618, el 15 de febrero, jueves, a las 7 de la noche, recibida la extremaunción, y habiendo comulgado el miércoles en su capilla, estando fuera del lecho.

Había estado enfermo desde el 20 de septiembre, día de san Eustaquio, en el cual en Milán se celebra la fiesta de san Glicerio, obispo de Milán, que fue de la casa de los Landriani, de la cual era nuestro hermano, también él de este nombre, Glicerio Landriani. De donde se puede creer que este santo lo deseaba y llamaba a su compañía, porque en ese día cayó enfermo. Y porque también yo, pecador, nací este día a este mundo, espero que tanto más se acordará de mí, indigno hermano suyo, para impetrarme la divina misericordia, para que,

acabado el curso de mi vida, me haga digno de ir a gozar en su compañía de nuestro amor, Cristo Jesús.

Todo esto está escrito para obedecer a su paternidad, y llamo a Dios como testigo de que me he esforzado cuanto debía para no decir sino aquellas cosas que conozco ser verdaderas.

La gracia de nuestro Señor mantenga a su muy reverenda paternidad, y le pido humildemente su bendición.

De casa, a 17 de abril de 1618.

De su muy reverenda paternidad humilde siervo en Cristo e hijo indigno

Santiago Vaquedano”

Esta semblanza nos lo muestra a Glicerio como un hombre cabal. Dedicado seriamente a la vida espiritual y al estudio, buscaba crecer en sabiduría y santidad. Esperaba llegar a ser cada vez más idóneo cooperador de la verdad para educar en piedad y letras a los niños y jóvenes. Quería que encaminaran felizmente sus vidas y alcanzaran la felicidad eterna. Pretendía contribuir así, desde las raíces, a la reforma de una Cristiandad dividida, asediada y debilitada.

Siendo aún pequeño, Glicerio se consagró a María para ser como ella todo de Cristo. En plena juventud su camino se comenzó a desviar, entonces aceptó humildemente ser corregido. Cuando su fervor parecía desbordarse, obedeció a sus mentores y encauzó su ardiente y luminosa existencia en la mies escolapia, bajo la paternidad de Calasanz.

Su breve e inspiradora vida ha alentado desde entonces a otros jóvenes a seguir sus pasos. Mientras vivió y después de muerto. Su buen amigo Francesco Selvaggi es un ejemplo, ya que continuó como limosnero de las Escuelas Pías por largos años hasta su vejez.

Tal vez haya ahora mismo un nuevo Glicerio leyendo estas páginas. Quizás alguien más quiera ser todo de Cristo en castidad, pobreza y obediencia; desprendido del mundo y entregado al bien de las almas; buen amigo de sus amigos para arrastrarlos tras el Señor; dócil a sus mentores y capaz de nobles gestas. Gente así, de alma grande y alto vuelo. Tal vez...

“Jesús y María tengan siempre ocupado todo el corazón de nuestro amadísimo en el Señor, el abad Glicerio”, le escribía Calasanz a su joven hijo.

¿Para quién es tu vida? ¿Qué ocupa tu corazón?.

Glicerio Landriani nació en Milán el 1 de marzo de 1588 del matrimonio formado por Ana Visconti y Horacio Landriani. Por parte de madre era pariente de san Carlos Borromeo y del cardenal Federico Borromeo. Por parte de padre era descendiente de san Glicerio de Milán, los tres arzobispos ilustres de esa gran ciudad. Su tío paterno Marsilio Landriani fue nuncio papal en Francia, obispo de Vigevano y legado pontificio en Bolonia y su hermano Fabricio Landriani fue arzobispo de Pavía.

Realizó estudios universitarios de filosofía, leyes y teología en Bolonia y en Roma en el convento de Santa María sopra Minerva de los frailes dominicos.

Con diecinueve años, entró en el círculo piadoso del sacerdote portugués Francisco Méndez, discípulo de san Juan de Ávila. Luego, por indicación del papa Paulo V, quedó bajo la dirección del P. Domingo Ruzola, carmelita descalzo, quien lo orientó hacia las Escuelas Pías. Se incorporó a esta obra en 1612. Participó de la fundación de Frascati en 1616. El 2 de julio de 1617 vistió el hábito escolapio y tuvo como maestro de novicios al beato Pedro Casani.

Se distinguió por sus dotes extraordinarias de catequista y por su amor a la suma pobreza. Con licencia papal, hizo la profesión religiosa *in articulo mortis* ante el cardenal Protector de las Escuelas Pías. Murió en el noviciado romano de Santa María in Via el 15 de febrero de 1618, con casi treinta años, en olor de santidad.

San José de Calasanz introdujo su causa de beatificación, en cuyo proceso informativo hizo de testigo. Fue interrumpido a raíz de las disposiciones generales dadas por Urbano VIII respecto a las Causas de beatificación. A fines del siglo XIX fue reasumida y en 1931 el papa Pío XI firmó el decreto sobre la heroicidad de las virtudes.

Al hacerle la autopsia, Calasanz mandó que se colocara su corazón en un relicario, y lo guardó por mucho tiempo en su propia habitación. Todavía se conserva esta reliquia insigne en Roma en espera de la beatificación.

